

nota en Felipe tendencia á la blandura, y á veces su integridad le dicta rasgos de perspicacia, como cuando escribe: «V. M. y sus reinos están pobres, y todos los que andan en la masa, prósperos y ricos». Observación que demuestra cuán inveterados son en España ciertos inconvenientes que hoy atribuimos al sistema parlamentario.

No abundan, sin embargo, en las cartas de la venerable Madre hábiles ardidés de política á lo humano. Sus advertencias se enderezan siempre á un fin que trasciende de la política. «Procure V. M. quitar á Dios de la mano el azote.» «V. M. abraza las muchas tribulaciones que el Todopoderoso le envía.» «Muy poderoso espero ha de ser para todo el asentar la definición del Misterio de la Concepción de la Reina del cielo.» «Á la Reina del cielo hemos de poner por intercesora, medianera, abogada y restauradora de esta monarquía.» Así se expresa á cada paso la Madre, contestando á las lamentaciones y quejas del monarca que le par-

ticipa los reveses de nuestro ejército y las angustias del Erario. No conozco muchas lecturas que á la larga causen impresión más melancólica que el diálogo de la monja y el rey, donde cada frase es una elegía á la pérdida de España. La monja sufre, no pudiendo comunicar al feble monarca la valentía y resolución que en su pecho femenino se anidan. Pero ella, pobrecilla, ¿de qué medios dispone para auxiliar á la patria? Sólo de la oración, que es á veces una proyección enérgica de la voluntad. — Cuando sabe que los franceses tienen sitiado á Rosas, la española llena de fe, la santa, se postra rostro contra tierra, abiertos los brazos en cruz, pidiendo misericordia. No posee más armas, y, sin embargo, sus deseos llegan adonde declara con sublime energía en otra carta: á derramar su sangre entre atroces tormentos. Suplica al rey, «puesta á sus pies», que no se descuide, que no deje de artillar y fortificar las plazas, que no se fie de malos ó ineptos servidores, que se «vista de celo y forta-

leza », porque el Señor « también quiere que obren las causas segundas, y que nos cueste trabajo lo que tanto importa ».

Bien se puede aconsejar á un rey con más trastienda y astucia, atendiendo á la flaqueza humana; pero no escribir un tratado de política en tono más digno y noble que el epistolario de la franciscana de Ágreða. Ni un punto desfallece su pluma ó decae su estilo al par respetuoso y severo, en el cual se trasluce afecto maternal hacia el bondadoso monarca, y pena incurable al encontrarle mejor provisto de buenas intenciones que de resoluciones robustas y vivideras. Á veces llega á rendir el espíritu de sor María la inutilidad de sus esfuerzos, y entonces, desahogando en el seno de la amistad su desaliento, exclama: « Todos están ciegos, y yo no puedo hacer nada sino llorar y afligirme y escribir claro, y es hablar con un roble y un diamante. »

Me he detenido algo en las *Cartas*, por ser ellas lo que hoy más se recuerda y cita entre los escritos de la Venerable.

La lujosa edición y el concienzudo estudio preliminar de Silvela, el interés que actualmente despiertan los documentos históricos relativos al conocido período de los Austrias, son parte á que se olvide la *Mística Ciudad*, obra donde la monja puso todo su conato de escritora mística y de pensadora repleta de doctrina.—Dos razones hay para que sor María de Ágreða no disfrute toda la nombradía que le corresponde como maestra insigne del habla española, y los historiadores de nuestra literatura no la citen. La primera razón es que la gloria de Santa Teresa nubla y eclipsa la de las demás escritoras, como la de Isabel la Católica, en cuanto reina, deslucen á las otras mujeres que ocuparon el trono, sin exceptuar ni á Blanca de Castilla. Con Santa Teresa no se puede luchar.

No porque la Venerable carezca de méritos singularísimos. Su conocimiento é interpretación de las Escrituras; la comprensión y delgadeza con que trataba los puntos más arduos y escabrosos de la teo-

logía escolástica, usando (dice el jesuita Andrés Mendo) términos tan ajustados como si hubiese cursado en las escuelas; su doctrina celestial para hallar á Dios y seguirle por las vías purgativa, iluminativa y unitiva; su fundamento en las enseñanzas de Santo Tomás y Escoto, cuyas sutilezas eran para ella transparentes; su iluminación, en fin (tomando esta palabra sospechosa en el sentido puro é intelectual que le atribuyen San Buenaventura y San Dionisio), hacían de la pobre reclusa de Agreda maravilla viviente; y en fuerza descriptiva y destreza de la pluma, á nadie tiene que envidiar.

Pero Santa Teresa posee un encanto personalísimo, una efusión angelical, un rayo de poesía y de amor que á ella sola fué otorgado. Quien recuerde los retratos de la Doctora de Ávila, y los compare al grabado de Maura que adorna el primer volumen de las Cartas, y representa con escrupulosa fidelidad á la Venerable de Agreda, comprenderá al punto la diferencia, el contraste más bien entre am-

bas esclarecidas hembras. Santa Teresa y la Venerable son los dos polos del catolicismo, amor y dogma; amor que cree, que siente, que quema, que se derrama en efusiones inefables; dogma que es razón pura alumbrada por la fe, ejercicio de la mente volando en alas de la gracia por las más elevadas regiones de la teología. El corazón de Santa Teresa arde y se derrite; el sentimiento de la Venerable flota en aquella infusión de ciencia que recibió en el monte Randa el mártir Lull. La carmelita es una mística, la franciscana una teóloga.

Muy interesante es cotejar sus rostros. El de Santa Teresa irradia vida, dulzura y pasión; el de la Venerable es severo, abstraído, y tiene por ojos dos anchos abismos de meditación é inteligencia. Su faz alongada, su frente, que bajo la toca monjil se adivina despejada y majestuosa, como templo de la magnanimidad, su nariz de seguras y enérgicas líneas, su boca meditabunda y grave, componen una fisonomía varonil por la fuerza que

expresa, y que parece un pensamiento vestido de carne mortal, y ansioso de retornar á bañarse en luz increada, en la patria de los espíritus. En las facciones de Santa Teresa hay una especie de alegría entusiasta, y la Venerable, al contrario, diríase que reprime, con el vigoroso esfuerzo de su alma grande, un dolor perpetuo. Acaso esta diferencia consista en haber tocado á las dos escritoras vivir en épocas tan distintas como en los siglos xvi y xvii.

Santa Teresa vió lucir en todo su esplendor el sol de la gloria patria, y casi alcanzó la hora más bella de nuestra historia y de nuestra literatura. La Venerable escribe ya cuando se ha consumado nuestra desdicha política, y á la vez el estrago y ruina de la admirable lengua que hablaban los vencedores de Cerinola y Otumba: ruina iniciada por la elegante *deliquescencia* de Rivadeneyra y rematada por los Ledesmas, Gracianes, Góngoras y Paravicinos. Bien se puede considerar fruto sorprendente de la gran

nobleza y rectitud de la Venerable (pues la honradez del carácter suele comunicarse al estilo) el que no pagase mayor tributo del que pagó al culteranismo y al conceptismo reinantes.

Así y todo, el ornato barroco y el exceso de doctrina teológica me parecieron ser el segundo motivo de que hoy no se lea y aprecie la obra maestra de la Venerable. Mil veces al recorrerla pensaba yo que era gran lástima desapareciesen bajo el follaje y la balumba de tanta demostración y sutileza piadosa los encantos y primores de una narración como la que propiamente constituye la *Vida de la Virgen*, contada por la Venerable. Sus episodios se me ofrecían revestidos de la tierna dulzura de un lienzo murillesco ó el ingenuo realismo y la mística inocencia de una tabla de Mantegna. Porque la Madre, puesta á describir, lo hace de lleno, como artista,—véanse las graciosas escenas de la infancia de la Virgen, de los celos josefinos, de la circuncisión; véase la terrible pintura de la flagelación de

Cristo, que ella sola acredita la plástica energía de tan admirable pluma.—En los cuadros de la vida de la Virgen trazados por sor María de Jesús, á veces diríase que oímos sonajas y rabeles de fresco villancico aldeano, y otras resuena el acorde misterioso de las arpas celestiales.

Prendada de estas hermosuras, juzgué que no sería desacato atreverme á poner las manos en la obra de sor María, segregando lo que hoy no interesa á la mayoría del público, y aislando y conservando lo que en realidad puede considerarse verdadero relato de la vida de la Virgen María, Madre del Verbo.—Con una vida de la Virgen quería yo encabezar esta biblioteca: ninguna más apropiada que la escrita con pluma de oro por una escritora española, no sólo digna de ponerse al lado de Rivadeneyra por la delicadeza y tersura del estilo, sino de servir de modelo á los varones por sus prendas de carácter y la pureza de su alma. Estudiemos en sus obras alma tan se-

lecta, y aprendamos de ella, como dice el biógrafo Samaniego, «composición de apetitos, desprecio de las cosas terrenas, estima de las divinas, olvido de lo temporal, atención á lo eterno, muerte de lo imperfecto, vida de las virtudes, aliento para emprender cosas grandes, y aumento grande del amor divino». Y advierto á los que necesitan que se les pongan sobre las *ies* unos puntos tamaños como obleas, que todo esto no lo digo en sentido místico solamente, y que si la Venerable de Ágredda es para los católicos una santa, para cualquiera es una mujer de las que rara vez producen los siglos.

Considerándolos desde el punto de vista especial de esta Biblioteca, el carácter y dotes de la Venerable son argumento poderosísimo en favor de su sexo, (al cual, como á los indios del Nuevo Continente, se ha pretendido negar hasta la racionalidad.)—Nadie que lea el *Epistolario* de la Venerable y compare al rey sensual y voluble con la austera monja, podrá menos de lamentar que la corona de España, en

vez de ceñir las sienes de Felipe IV, no rodease las de la magnánima reclusa. La firmeza, la previsión, el señorío de las pasiones, estaban de parte de María.— Los biógrafos admiradores de la monja anduvieron muy atareados al querer compaginar la debilidad é inferioridad del sexo femenino y la robustez moral, ciencia y enseñanza que descubre la *Mística Ciudad de Dios*, de donde extraigo la presente *Vida de la Virgen*. Este problema imaginario inspiró á Samaniego uno de los capítulos más notables de su *Prólogo Galeato*, capítulo que se titula «Satisfacción al común reparo del sexo.» Da el grave varón mil vueltas á la dificultad, porque al fin y al cabo «según dicen los filósofos» la mujer es «de más débil y flaco natural, de complexión más húmida, de fantasía más flaca, de apetitos más vivos, de pasiones más ansiosas, de razón menos sólida, de juicio más ligero, de corazón más blando y mudable fácilmente»: (la descripción caería de perlas á Felipe IV). Ya los Padres de la Iglesia—

prosigue el docto religioso—dejaron clasificada así á la mujer: San Isidoro descubre la flaqueza de las hembras en la misma etimología de su nombre (*mulier, mollior*); San Crisóstomo las trató de *incautas*; de *indiscretas* San Gregorio el Grande; San Isidoro Pelusiota de *locuaces y curiosas*; San Ambrosio achacó á la portera del Pretorio la negación de San Pedro; San Agustín (que era voto en la materia) sentía que la mujer es el más apto instrumento para derribar á los justos, y San Buenaventura catalogó los engaños de las mujeres. Á pesar de argumentos tan poderosos, no se arredra el biógrafo de la Venerable; ni aun le hace fuerza la sentencia de San Pablo, *mulieres in Ecclesia taceant*, pues sabe por el cardenal Belarmino poder dispensarse esta prohibición, como se ejecutó con Santa Catalina de Siena: *sed haec privilegia non faciunt legem*.

Al ejemplo de Santa Catalina de Siena agrega Samaniego otros muchos, de mujeres del Antiguo Testamento que pose-

yeron el don de profecía, y de las que se hallaban en el Cenáculo cuando bajaron el día de Pentecostés sobre ellas, al par que sobre los Apóstoles, las lenguas de fuego del Espíritu Santo. «Las mujeres—añade el biógrafo—como son con el varón de una misma naturaleza, son igualmente capaces de los mismos dones de la gracia. No es Dios aceptador de personas...» «Ni para esto embaraza la flaqueza del sexo; pues, como dijo bien Orígenes, el mérito, ó mayor disposición para recibir estas gracias, no está en la diversidad de él, sino en la mayor pureza de la mente, y la hazaña de purificar la mente no la obra el sexo sino la virtud, y es cierto que en la virtud se puede adelantar la mujer al varón.» ¡Dichosa y merecedora de eterna alabanza la mujer que dió ocasión á que se estampasen y propugnasen tales doctrinas!



UN DRAMA PSICOLOGICO

EN LA HISTORIA.

(JUANA LA LOCA, SEGÚN LOS ÚLTIMOS DOCUMENTOS 1.)

DESDE que pasé por Tordesillas y vi el lugar donde cuentan que se alzaba el palacio, residencia ó prisión de Juana de Castilla durante medio siglo, la imagen de la hija de Isabel la Católica ocupaba mi imaginación. Hoy, leídos los ricos y nuevos documentos que encierra el libro del docto bibliotecario de la Academia de la Historia, se destaca con tanto relieve el carácter de la triste Reina, como el de la heroína de un poema escrito por profundo psicólogo que fuese á la vez sobe-

1 Este artículo se funda principalmente en el notabilísimo y voluminoso libro que acaba de ver la luz: *La reina doña Juana la Loca, estudio histórico, por Antonio Rodríguez Villa, individuo de número (electo) de la Real Academia de la Historia.* Adviértese para evitar continuas citas.